

Rozenmacher

La conquista del desierto

El enfrentamiento con el indio comenzó con la fundación del primer establecimiento español en territorio rioplatense, en 1527. La lucha se prolongó durante más de 300 años. Los españoles, en la etapa de su dominio, consiguieron reducir a gran parte de las tribus, pero algunos pueblos aborígenes lograron preservar su independencia en las llanuras del sur y en los bosques chaqueños. Cuando se produce la Revolución de 1810 inmensas extensiones de territorio se encontraban todavía en manos de los indios. A partir de esa fecha se originan numerosos proyectos destinados a extender hacia el sur la línea de la frontera. Julio A. Roca, ministro de Guerra, decide en 1878 poner en marcha su propio plan de acción para acabar con el problema. Resuelto a terminar con el malón, y al mismo tiempo, afirmar la soberanía nacional en el sur, Roca pone en marcha la primera fase de la Conquista del Desierto. La acción desarrollada por las columnas de ataque entre julio de 1878 y enero de 1879 deja abierto el camino al Ejército Expedicionario comandado por el mismo Roca. Durante el transcurso de esa campaña las fuerzas de Roca infligen una derrota definitiva a los restos de las tribus que habían sobrevivido a la ofensiva del año anterior.

La etapa final se desarrolla en la Patagonia. Entre fines de 1883 y comienzos de 1885 el gobernador de la Patagonia, Lorenzo Wintter, emprende una campaña para acabar finalmente con los restos de las tribus rebeldes. Esta campaña pone fin a la lucha de las fronteras.



Presentación de Guillermo Piro.

Por Germán Rozenmacher



El gallo BLANCO

a Jorge M. López

"Voy a seguirlo nomás" pensó el sargento mientras se sacudían uno frente al otro con las piernas entreveradas en la galera que era angosta y crujía y se ladeaba a cada barquinazo, como si fuera a deshacerse.

–¿Tá cansado doctor? –preguntó de nuevo, con ese rencor perezoso, el mentón hundido en la chaqueta que alguna vez había sido azul, el kepis de visera a la antigua, para arriba, y los bigotes muy tristes, con esas lacias puntas grises para abajo, llenas de tierra.

–¿Está incómodo? Si quiere paramos un ratito ... –El diputado Polidoro Rosales no dijo nada. Miró al gallo que picoteaba maíces en el hueco de la mano. Hacía un calor lleno de olores.

–¿En serio no quiere? –El sargento Acevedo sentía el tufo agrio a sudor y a colonia de la cara blanca, achinada y robusta del otro. Viajaban ya dos días apretujados ahí dentro con los vidrios bajos para que no entrara más tierra.

–No vaya a tomar a mal lo que le digo ... –dijo Acevedo y vio, con amarga alegría, que don Polidoro chasqueaba la lengua con impaciencia. Acevedo sintió que no iba a poder sacarlo de sus casillas pero lo iba a seguir jodiendo a muerte.

Don Polidoro agarró su gallo de riña, le acarició los muslos desplumados y lo guardó cuidadosamente en una canasta sobre una hoja amarillenta del Nacional. No dijo nada. Polidoro contraatacaba a su modo, sin decir una palabra, como si fuera sordo, como si el sargento no existiera. Acevedo tragó saliva. Para Polidoro, él valía menos que una escupida. Buscó una tagarnina y se puso a fumar. "Usté sí que nos fumó en pipa, doctor", pensó melancólico. "A mí y a todos ésos", pensó mirando por la ventana opacada de polvo, a los milicos que galopaban afuera, a los lados de la galera. Dos días atrás el coronel le había presentado a Polidoro en el cuartel. "Un prócer, un caballero cumplido." Como a conquistador del desierto le habían dado tierras del Azul para el sur. Ya había puesto las alambradas.

"Usté me hace respetar la Constitución con la tropa y me asegura el derecho del doctor a tomar posesión de sus tierras. Si hay algún retobado, límpiemelo. El doctor viene a civilizar el territorio."

Acevedo sintió que lo conocía a ese prócer. Cuando el presidente Roca le dio unas leguas de tierra como premio a cada soldado del ejército del desierto, los milicos, ¿qué iban a hacer con esos bonos? Como estaban muertos de hambre, los especuladores se los compraron por monedas. ¡Alguien parecido al doctor –alguien con galera y chaleco– le había comprado 400 leguas por 50 centavos! Habían salido hace dos días y habían hecho leguas y leguas durmiendo en la galera, cambiando de caballos y turnando mayorales, en las postas que lo recibían al doctor de pasajero y lo despedían como patrón. "Los responsabilizo por la seguridad del doctor. Hagan todo lo que él diga. Es gran amigo del ministro de Guerra y mío. Trátenlo como se merece." Eso había dicho el coronel. ¿Y ahora tendría que limpiar a alguno por cuenta del doctor? Acevedo ... despacio. ¿Qué podría hacer salvo fumar ese espantoso cigarrito?

–Pero hombre –dijo Polidoro. Apenas había cambiado diez palabras con él. Había comido su pollo y bebido su vino y dormido todo el tiempo.

–Hubiera avisado –dijo el doctor con una mueca de asco. Sacó del chaleco rojo dos cigarros de hoja. "Se dignó", pensó Acevedo. "Me habló; existo". Era una victoria.

–Agarre, compadre. Tire esa porquería.

Acevedo se negó tímidamente. Don Polidoro dijo:

–¡Faltaba más! ¡A tout seigneur, tout honneur! –Le sacó la tagarnina, bajó la ventanilla y la tiró.

Los dos hombres fumaron despacio.

Acevedo, con sus 48 años de servicio en los fortines, lo miró. Cuando hablaba un superior había que decir: –Sí, señor. –Y eso dijo. Pero se quedó pensando en la madre del diputado. Lo habían prontuariado en el cuartel apenas llegó. La madre india que vivía con un cacique manso, por Patagones al sur, un tal Nahuel Rosales que tenía muchas tierras y comerciaba con Bahía Blanca. Y por ahí había andado un carpintero español, rubio y alto, que se había escapado una noche a la toldería. Y así había nacido Polidoro. Y cuando le decían al padre: "¡Rubiecito te ha salido el niño!"; el cacique contestaba orgulloso: "¡Buena casta! ¡Casta refinada! ¡Rubio carpintero!"; contento como si en la manada le hubiera caído un parejero inglés.

–Usté habla igualito que mi padre, doctor. Mi madre era muy leída. ¿Y la suya?

–También, Acevedo, también.

La galera se zarandeaba como un buque. –Somos muy brutos, doctor, no nos enseñaron nada, qué le va a hacer. Me las pasé guerreando para que otros se coman los chicharrones. –Don Polidoro sacó de un cofrecito una moneda oscura con una cintita roja: "A los vencedores de Pavón, en premio al coraje, la Nación Argentina".

–Hay que hacer tiempo para todo, sargento. Cuando uno sabe que está construyendo la patria saca fuerzas de bajo tierra. ¡Tome ejemplo! con la pluma y la palabra.

Acevedo siguió fumando. Las medallas de Pavón se compraban por docena en la calle de la Piedad.

–Estuve –dijo Acevedo.

–¿Dónde no estuve yo, doctor? ¡Empecé por Las Flores! Un policiano de verme tan chico, me dio un rebencazo. Entonces pelé el cuchillo. ¿Qué quería que hiciera, doctor? El milico se me vino al humo pero se ensartó. Y de puro flojón se murió. Entonces me echaron a la frontera.

–Vea, Acevedo. Todos peleamos al malón.

–Estuve ahí tres años. Al terminar la condena me dijo el capitán: "Quedate cuatro años más y salí de cabo. Si no te gusta, pior pa vos". "Gente así de guapa le hace falta al gobierno. Ahora elegí. Si te enganchás, te asciendo y te entrego la cuota. De lo contrario, si te vas, ni te asciendo, ni tenés cuota, pero puede que te ligués una marimba de palos como para vos solo." Y claro. Después vino el bochinche de Caseros y en tiempo de guerra no hay baja para nadie. Y después vino todo lo demás. Y aquí me tiene. Sin un peso, esperando la jubilación para terminar de vigilante en Buenos Aires.

–¡Alégrese, sargento! ¡Este país va para arriba y usté puso su granito! Véngame a ver a la Cámara. Gente como usted se merece una gauchada. Una pensión, un puestito municipal, ya vamos a ver. ¿Y por qué no una medalla?

Acevedo pensó en Río Seco y en todos los fortines de línea donde había tiritado de fiebre, harapiento y rotoso con los demás milicos que pasaban los meses sin recibir carne ni galleta, comiendo lo poco que podían cazar los hombres que hacían la descubierta, tomando esa porquería de té pampa, lanceados a discreción, muriéndose sobre los pisos de tierra de esas cuevas de zorro que tenían por ranchos, entre el zumbido de las moscas verdes que venían del foso del agua estancada; y supo que esos hombres ya no querían medallas. Querían porrones.

–Póngale la firma, sargento. ¡Este país da para todo! ¿Se da cuenta? ¡En 100 años más, cien millones de hombres tirados por ahí! ¡Este desierto no va a existir! Usté mira para acá, un pueblito. Mira para allá, otro. ¡Gran potencia mundial, carajo! ¡Total, hay tierra de sobra: para los ingleses, para las vacas y para la gente!

–Todas las medallas se las dejo para usted, doctor. A mí, déjeme el puestito municipal. Tengo 60 años y nunca tuve donde caerme muerto.

–Yo también empecé de abajo, sargento, y aquí me tiene. Este país está lleno de oportunidades para los que no se quedan dormidos, créame.

–Claro, doctor. Por eso le decía del puestito.

"Mucho codo, doctor", pensó Acevedo, fumando con amargura. "Mucho codo." Quiso preguntarle por la vieja copetuda pero sin un peso con la que le habían dicho que se había casado por el apellido. Tuvo curiosidad de ver la cara que ponía si le decía "estafador" o algo así. Tuvo ganas de explicarle que en el cuartel le tenían registrado el pedigré. Y también tuvo ganas de partirle la cabeza de un planazo.

–No se olvide, doctor, del puestito.

–Faltaba más –dijo Polidoro, y le dio una tarjeta que sacó del chaleco rojo.

–No veo bien –dijo Acevedo.

El doctor sonrió como un padre comprensivo, y leyó "Monsieur et Docteur Polidoro Rosales, Deputé et fermier à la Republique

Por Germán Rozenmacher



El gallo BLANCO

a Jorge M. López

“Voy a seguirlo nomás” pensó el sargento mientras se sacudían uno frente al otro con las piernas entreveradas en la galera que era angosta y crujía y se ladeaba a cada barquinazo, como si fuera a deshacerse.

–¿Tá cansado doctor? –preguntó de nuevo, con ese rencor perezoso, el mentón hundido en la chaqueta que alguna vez había sido azul, el kepis de visera a la antigua, para arriba, y los bigotes muy tristes, con esas lacias puntas grises para abajo, llenas de tierra.

–¿Está incómodo? Si quiere paramos un ratito ... –El diputado Polidoro Rosales no dijo nada. Miró al gallo que picoteaba maíces en el hueco de la mano. Hacía un calor lleno de olores.

–¿En serio no quiere? –El sargento Acevedo sentía el tufo agrio a sudor y a colonia de la cara blanca, achinada y robusta del otro. Viajaban ya dos días apretujados ahí dentro con los vidrios bajos para que no entrara más tierra.

–No vaya a tomar a mal lo que le digo ... –dijo Acevedo y vio, con amarga alegría, que don Polidoro chasqueaba la lengua con impaciencia. Acevedo sintió que no iba a poder sacarlo de sus casillas pero lo iba a seguir jodiendo a muerte.

Don Polidoro agarró su gallo de riña, le acarició los muslos desplumados y lo guardó cuidadosamente en una canasta sobre una hoja amarillenta del Nacional. No dijo nada. Polidoro contraatacaba a su modo, sin decir una palabra, como si fuera sordo, como si el sargento no existiera. Acevedo tragó saliva. Para Polidoro, él valía menos que una escupida. Buscó una tagarnina y se puso a fumar. “Usté sí que nos fumó en pipa, doctor”, pensó melancólico. “A mí y a todos ésos”, pensó mirando por la ventana opacada de polvo, a los milicos que galopaban afuera, a los lados de la galera. Dos días atrás el coronel le había presentado a Polidoro en el cuartel. “Un prócer, un caballero cumplido.” Como a conquistador del desierto le habían dado tierras del Azul para el sur. Ya había puesto las alambradas.

“Usté me hace respetar la Constitución con la tropa y me asegura el derecho del doctor a tomar posesión de sus tierras. Si hay algún retobado, límpiemelo. El doctor viene a civilizar el territorio.”

Acevedo sintió que lo conocía a ese prócer. Cuando el presidente Roca le dio unas leguas de tierra como premio a cada soldado del ejército del desierto, los milicos, ¿qué iban a hacer con esos bonos? Como estaban muertos de hambre, los especuladores se los compraron por monedas. ¡Alguien parecido al doctor –alguien con galera y chaleco– le había comprado 400 leguas por 50 centavos! Habían salido hace dos días y habían hecho leguas y leguas durmiendo en la galera, cambiando de caballos y turnando mayorales, en las postas que lo recibían al doctor de pasajero y lo despedían como patrón. “Los responsabilizo por la seguridad del doctor. Hagan todo lo que él diga. Es gran amigo del ministro de Guerra y mío. Trátenlo como se merece.” Eso había dicho el coronel. ¿Y ahora tendría que limpiar a alguno por cuenta del doctor? Acevedo ... despacio. ¿Qué podría hacer salvo fumar ese espantoso cigarrito?

–Pero hombre –dijo Polidoro. Apenas había cambiado diez palabras con él. Había comido su pollo y bebido su vino y dormido todo el tiempo.

–Hubiera avisado –dijo el doctor con una mueca de asco. Sacó del chaleco rojo dos cigarros de hoja. “Se dignó”, pensó Acevedo. “Me habló; existo”. Era una victoria.

–Agarre, compadre. Tire esa porquería.

Acevedo se negó tímidamente. Don Polidoro dijo:

–¡Faltaba más! ¡A tout seigneur, tout honneur! –Le sacó la tagarnina, bajó la ventanilla y la tiró.

Los dos hombres fumaron despacio.

Acevedo, con sus 48 años de servicio en los fortines, lo miró. Cuando hablaba un superior había que decir: –Sí, señor. –Y eso dijo. Pero se quedó pensando en la madre del diputado. Lo habían prontuariado en el cuartel apenas llegó. La madre india que vivía con un cacique manso, por Patagones al sur, un tal Nahuel Rosales que tenía muchas tierras y comerciaba con Bahía Blanca. Y por ahí había andado un carpintero español, rubio y alto, que se había escapado una noche a la toldería. Y así había nacido Polidoro. Y cuando le decían al padre: “¡Rubiecito te ha salido el niño!”; el cacique contestaba orgulloso: “¡Buena casta! ¡Casta refinada! ¡Rubio carpintero!”; contento como si en la manada le hubiera caído un parejero inglés.

–Usté habla igualito que mi padre, doctor. Mi madre era muy leída. ¿Y la suya?

–También, Acevedo, también.

La galera se zarandeaba como un buque. –Somos muy brutos, doctor, no nos enseñaron nada, qué le va a hacer. Me las pasé guerreando para que otros se coman los chicharrones. –Don Polidoro sacó de un cofrecito una moneda oscura con una cintita roja: “A los vencedores de Pavón, en premio al coraje, la Nación Argentina”.

–Hay que hacer tiempo para todo, sargento. Cuando uno sabe que está construyendo la patria saca fuerzas de bajo tierra. ¡Tome ejemplo! con la pluma y la palabra.

Acevedo siguió fumando. Las medallas de Pavón se compraban por docena en la calle de la Piedad.

–Estuve –dijo Acevedo.

–¿Dónde no estuve yo, doctor? ¡Empecé por Las Flores! Un policiano de verme tan chico, me dio un rebencazo. Entonces pelé el cuchillo. ¿Qué quería que hiciera, doctor? El milico se me vino al humo pero se ensartó. Y de puro flojón se murió. Entonces me echaron a la frontera.

–Vea, Acevedo. Todos peleamos al malón.

–Estuve ahí tres años. Al terminar la condena me dijo el capitán: “Quedate cuatro años más y salí de cabo. Si no te gusta, pior pa vos”. “Gente así de guapa le hace falta al gobierno. Ahora elegí. Si te enganchás, te asciendo y te entrego la cuota. De lo contrario, si te vas, ni te asciendo, ni tenés cuota, pero puede que te ligués una marimba de palos como para vos solo.” Y claro. Después vino el bochinche de Caseros y en tiempo de guerra no hay baja para nadie. Y después vino todo lo demás. Y aquí me tiene. Sin un peso, esperando la jubilación para terminar de vigilante en Buenos Aires.

–¡Alégrese, sargento! ¡Este país va para arriba y usté puso su granito! Véngame a ver a la Cámara. Gente como usted se merece una gauchada. Una pensión, un puestito municipal, ya vamos a ver. ¿Y por qué no una medalla?

Acevedo pensó en Río Seco y en todos los fortines de línea donde había tiritado de fiebre, harapiento y rotoso con los demás milicos que pasaban los meses sin recibir carne ni galleta, comiendo lo poco que podían cazar los hombres que hacían la descubierta, tomando esa porquería de té pampa, lanceados a discreción, muriéndose sobre los pisos de tierra de esas cuevas de zorro que tenían por ranchos, entre el zumbido de las moscas verdes que venían del foso del agua estancada; y supo que esos hombres ya no querían medallas. Querían porrones.

–Póngale la firma, sargento. ¡Este país da para todo! ¿Se da cuenta? ¡En 100 años más, cien millones de hombres tirados por ahí! ¡Este desierto no va a existir! Usté mira para acá, un pueblito. Mira para allá, otro. ¡Gran potencia mundial, carajo! ¡Total, hay tierra de sobra: para los ingleses, para las vacas y para la gente!

–Todas las medallas se las dejo para usted, doctor. A mí, déjeme el puestito municipal. Tengo 60 años y nunca tuve donde caerme muerto.

–Yo también empecé de abajo, sargento, y aquí me tiene. Este país está lleno de oportunidades para los que no se quedan dormidos, créame.

–Claro, doctor. Por eso le decía del puestito.

“Mucho codo, doctor”, pensó Acevedo, fumando con amargura. “Mucho codo.” Quiso preguntarle por la vieja copetuda pero sin un peso con la que le habían dicho que se había casado por el apellido. Tuvo curiosidad de ver la cara que ponía si le decía “estafador” o algo así. Tuvo ganas de explicarle que en el cuartel le tenían registrado el pedigré. Y también tuvo ganas de partirle la cabeza de un planazo.

–No se olvide, doctor, del puestito.

–Faltaba más –dijo Polidoro, y le dio una tarjeta que sacó del chaleco rojo.

–No veo bien –dijo Acevedo.

El doctor sonrió como un padre comprensivo, y leyó “Monsieur et Docteur Polidoro Rosales, Deputé et fermier à la Republique Argentine”. Son unas que me quedaron de cuando estuve en París con la comisión bicameral ...

Acevedo guardó la tarjeta.

El doctor estaba encantado. Había temas que lo apasionaban.

–Doctor –dijo Acevedo, nunca debió decirlo–: devuélvame mis bonos.

Y el sargento nunca supo si era éste o era otro el hombre perfumado, de galera y chaleco, que le había comprado sus leguas y las de los otros soldados del regimiento.

–Los que me dio Roca, doctor. No eran muchos. Unas legüitas nomás.

Acevedo oyó que los compradores de bonos andaban por la bolsa especulando y que con las noticias de que se ampliaban las vías férreas los bonos subían y subían. La gente compraba y vendía y volvía a comprar esas miles y miles de leguas. Muchos amigos del gobierno se habían hecho ricos y estaban a la par de los viejos estancieros.

–Qué bonos –dijo el doctor–. ¿Y yo qué tengo que ver con sus bonos? ¿Qué quiere decir, Acevedo?

–Qué sé yo, doctor. ¿Usté no se acuerda de mí, de antes?

El doctor no contestó.

–¿Sabe qué pasa? A veces pienso que estas legüitas que estamos cruzando eran las mías. No eran tantas. Apenas para levantar un rancho y comprar una vaca. ¿Me entiende? Así no lo molesto con eso del puesto público, doctor. Usté estará siempre tan ocupado ...

El doctor no contestó.

Afuera sonó el cornetín del mayoral, sobre el pescante. Estaban llegando. Escucharon un rato el trote de los cuatro caballos tirando la galera y el galope de los soldados de la escolta.

–A ver cómo se porta aquí, sargento. En esta posta no quiero gente, no quiero casas, no quiero nada. Por acá va a pasar el tren.

Acevedo bajó la ventanilla y con los ojos medio cerrados contra el viento que le echaba polvo a la cara vio en el sol del mediodía de primavera, un rancho, un foso seco y un inútil cañoncito oxidado en medio del campo.

La galera cruzó el puentecito que crujió bajo el peso. Después pasó la caballada y los cascos golpearon como un trueno largo sobre la madera podrida.

Los dos hombres bajaron. El doctor, con un pañuelo, se cepilló violentamente, desde la cabeza a los botines. Pateó fuerte para desentumecerse.

–Ginebra llave para todo el mundo –dijo el doctor–. Con chorizo y galleta.

El pulpero entró al rancho mientras el doctor fue a ver el corral. Unos matungos flacos estaban por reventar. Había también unos gallos de riña. Los milicos comieron cansados, ausentes, sentados en los bancos, con los rifles entre las piernas. El rancho, que era de barro, se tenía por milagro. Olía a esa paja podrida que tapaba el techo y apenas entraba sol por la ventanita de arriba, mientras el pulpero casi a oscuras atendía a través de los barrotes.

El doctor dijo cuando terminaron: –Proceda nomás, sargento.

El sargento ordenó formar filas. Y entonces, mientras los caballos desatados se revolcaban en el polvo para rascarse, bajo los naranjos raquíticos, sobre el piso de tierra del patio, delante del rancho, sucedió aquello. Don Polidoro sacó una hoja de papel sellado de un sobre y leyó: –Por orden del Excelentísimo señor gobernador de la provincia –un postillón cambiaba los caballos– y del señor ministro de Guerra, se concede a Polidoro Rosales una extensión de territorio que incluye esta posta. Así se da cumplimiento a la ley de premios instituida por el Superior Gobierno a los expedicionarios al desierto. El susodicho fue ascendido a capitán del ejército de línea en el campo de batalla por actos de arrojo y valor en defensa de la Nación.

–¿Cómo dice? –preguntó el pulpero, que era bajito y flaco y tenía un aire profe-sionalmente servil. No había entendido nada pero la formación y la lectura lo inquietaban un poco.

–¿Cómo dice excelencia?

–Toda resistencia será reprimida con la severidad que señala la ley. Toda oposición se entenderá como alzamiento contra la autoridad militar. El responsable será sometido a juicio sumario y pasado por las armas. –El silencio que siguió fue aún más incomprensible para el pulpero. La tropa siguió formada. Eso lo inquietó todavía más.

–¿Cómo? –dijo.

–Que tenés que irte, porque aquí va a pasar el tren –dijo Acevedo en voz baja, poniéndole una mano en el hombro como un padre, con ternura.

–¿Irme? –el pulpero le sacó la mano.

–El gobierno le regaló al doctor esta lonja e’tierra pa que se consuele mientras se cura de las cicatrices. Tiene el cuero cosido a lanzazos. ¿Entendés animal? –dijo el sargento con la misma ternura, sin levantar la voz. Y entonces el pulpero dijo: –No. –Y nadie supo si no entendía o no quería irse.

–Que tenés que acatar porque si no te achuramos por alzao –dijo el sargento.

–¿Achurar? –dijo el pulpero. ¿Y a quién van a achurar? –dijo con la cabeza gacha, empecinado, con una cosa dura en los ojos. Una cosa que no se iba a dejar atropellar. Esa basura de rancho era suya. Como sus manos o sus pelotas.

Y el pulpero dijo: –No.

El doctor le indicó la tropa con los rémintons al hombro.

–Te puedo coser a balazos –dijo Don Polidoro amablemente–. Pero coser a balazos.

Y entonces vio ese resplandor oscuro. Ese resplandor en los ojos serviles del pulpero. Como un desafío que le calentó la sangre. Porque Don Polidoro ganaba siempre.

–Te juego la pulpería –dijo el doctor. El pulpero no contestó.

–Te la juego –dijo sacando un gallo de riña de la canasta que estaba ahí en el suelo. Los milicos, bajo los naranjos, miraron al pul-pero.

–Jugá –pidió el sargento en voz baja.

Los soldados miraban ahora con un vago y tenso fulgor en los ojos. Pendientes del desafío.

El pulpero dijo: –Bueno. –Y agregó–: Pero a muerte.

–A muerte –dijo el doctor.

En el gallinero, tras el corral, estaban los gallos. Pero eran todos viejos. Se caían solos. El pulpero entró al rancho por una puertita de atrás y de una caja, debajo del catre, sacó el gallo. Era blanco y muy joven. Cacareó fuerte. Lo cuidaba como a un niño.

Los dos hombres les montaron los espolones. Los milicos se arrodillaron en el polvo en ronda bajo los naranjos.

–Largalo –dijo el doctor. Y empezó la riña. A los soldados no les gustaba el bataraz. Primero fue un choque con todo un entrevero de patas, plumas y pescuezos. El blanco picó y picó en la cabeza del bataraz, que le metió el espolón en el vientre. Chorrearon sangre. El blanco lo rechazaba, y el bataraz volvía. A los soldados no les gustaba porque a ganar, ganaba siempre. Al blanco le temblaban las patas. A cada ataque se iba endureciendo. El bataraz daba una vuelta sobre sí mismo y volvía. La sangre salpicaba los pantalones de los soldados que miraban, fascinados. Mudos. El bataraz embistió aleteando y le reventó el ojo. Lo tuvo en el pico y apurándolo, se lo tragó. Le hundió otro espolonazo en el vientre. El gallo blanco, con la cuenca vacía y el pescuezo chorreando lanzó un cacareo terrible. Tocó a degüello. Y atropelló sin cuartel hasta que el bataraz cayó. Después le hundió el espolón en el cogote. El bataraz respiró a borbotones, con silbidos. Gimió un quiquiriquí que quedó trunco. Y murió.

Los soldados miraron al gallo blanco. Primero fue en silencio y después la ovación. Incontenible. A pesar de ellos mismos. Salió de sus gargantàs y fue un trueno. Después el doctor dijo:

–Me llevo también el gallo. –Todos lo miraron y nadie dijo nada. El doctor sonrió con calma.

–Está bien. Te lo compro.

El pulpero lo agarró entre sus brazos, como a un niño y le lavó las heridas con ginebra.

Y entonces el doctor contestó:

–¿Y qué vas a hacer ahora? ¿Adónde vas a ir? ¿Te lo vas a comer crudo, animal? ¿No ves que estás perdido? ¿No ves que ni tenés dónde caerte muerto?

–No lo vendo –dijo.

–Te pago el peso en oro, animal. Te doy un pedazo de tierra en otra parte.

El pulpero dijo “no” con la cabeza gacha.

–Tráigame ese gallo, sargento –dijo el doctor–. Mate al chusma ése y tráigame el gallo vivo.

Y nadie se movió. Ni el sargento ni los soldados. Nadie. Entonces dijo despacio: –Tiren todo eso abajo –el sargento dio la orden. Los milicos sacaron picos y palas. Los habían traído en las monturas, porque habían venido para eso.

A palazos, a culatazos, a patadas, empezaron a voltear el rancho de barro. No tardaron mucho. Quizá una hora. Pronto quedó el enrejado solo en el medio del campo, y detrás el pulpero mirando. Y también quedaron los escombros. El doctor hizo arriar caballos y gallinas, hizo llevar botellas y galletas.

Y antes que nadie le dijera nada, antes que el doctor le dijera a Acevedo: –“¿Se da cuenta, sargento? El gobierno le dona la tierra al Central Argentino. Y los ingleses tienen que venir a comprarme tierra a mí”–, un poco antes que la galera y los soldados a caballo siguieran su camino, el hombre agarró un caballo, lo sacó más allá de la alambrada, campo afuera, y se fue despacio, a la deriva, por la pampa, sin volver ni siquiera una vez la vista hacia atrás. Y bajo el brazo llevaba como a un niño, como un blanco desafío indestructible, su pequeño gallo de pelea. ■

Incluido en Crónicas del pasado, Buenos Aires, Jorge Alvarez, 1965.

El gallo blanco, relato de Germán Rozenmacher (*Cuentos completos*, Centro Editor de América latina, 1971).



Argentine". Son unas que me quedaron de cuando estuve en París con la comisión bicameral ...

Acevedo guardó la tarjeta.

El doctor estaba encantado. Había temas que lo apasionaban.

–Doctor –dijo Acevedo, nunca debió decirlo–: devuélvame mis bonos.

Y el sargento nunca supo si era éste o era otro el hombre perfumado, de galera y chaleco, que le había comprado sus leguas y las de los otros soldados del regimiento.

–Los que me dio Roca, doctor. No eran muchos. Unas legüitas nomás.

Acevedo oyó que los compradores de bonos andaban por la bolsa especulando y que con las noticias de que se ampliaban las vías férreas los bonos subían y subían. La gente compraba y vendía y volvía a comprar esas miles y miles de leguas. Muchos amigos del gobierno se habían hecho ricos y estaban a la par de los viejos estancieros.

–Qué bonos –dijo el doctor–. ¿Y yo qué tengo que ver con sus bonos? ¿Qué quiere decir, Acevedo?

–Qué sé yo, doctor. ¿Usté no se acuerda de mí, de antes?

El doctor no contestó.

–¿Sabe qué pasa? A veces pienso que estas legüitas que estamos cruzando eran las mías. No eran tantas. Apenas para levantar un rancho y comprar una vaca. ¿Me entiende? Así no lo molesto con eso del puesto público, doctor. Usté estará siempre tan ocupado ...

El doctor no contestó.

Afuera sonó el cornetín del mayoral, sobre el pescante. Estaban llegando. Escucharon un rato el trote de los cuatro caballos tirando la galera y el galope de los soldados de la escolta.

–A ver cómo se porta aquí, sargento. En esta posta no quiero gente, no quiero casas, no quiero nada. Por acá va a pasar el tren.

Acevedo bajó la ventanilla y con los ojos medio cerrados contra el viento que le echaba polvo a la cara vio en el sol del mediodía de primavera, un rancho, un foso seco y un inútil cañoncito oxidado en medio del campo.

La galera cruzó el puentecito que crujió bajo el peso. Después pasó la caballada y los cascos golpearon como un trueno largo sobre la madera podrida.

Los dos hombres bajaron. El doctor, con un pañuelo, se cepilló violentamente, desde la cabeza a los botines. Pateó fuerte para desentumecerse.

–Ginebra llave para todo el mundo –dijo el doctor–. Con chorizo y galleta.

El pulpero entró al rancho mientras el doctor fue a ver el corral. Unos matungos flacos estaban por reventar. Había también unos gallos de riña. Los milicos comieron cansados, ausentes, sentados en los bancos, con los rifles entre las piernas. El rancho, que era de barro, se tenía por milagro. Olía a esa paja podrida que tapaba el techo y apenas entraba sol por la ventanita de arriba, mientras el pulpero casi a oscuras atendía a través de los barrotes.

El doctor dijo cuando terminaron: –Proceda nomás, sargento.

El sargento ordenó formar filas. Y entonces, mientras los caballos desatados se revolcaban en el polvo para rascarse, bajo los naranjos raquíticos, sobre el piso de tierra del patio, delante del rancho, sucedió aquello. Don Polidoro sacó una hoja de papel sellado de un sobre y leyó: –Por orden del Excelentísimo señor gobernador de la provincia –un postillón cambiaba los caballos– y del señor ministro de Guerra, se concede a Polidoro Rosales una extensión de territorio que incluye esta posta. Así se da cumplimiento a la ley de premios instituida por el Superior Gobierno a los expedicionarios al desierto. El susodicho fue ascendido a capitán del ejército de línea en el campo de batalla por actos de arrojo y valor en defensa de la Nación.

–¿Cómo dice? –preguntó el pulpero, que era bajito y flaco y tenía un aire profe-sionalmente servil. No había entendido nada pero la formación y la lectura lo inquietaban un poco.

–¿Cómo dice excelencia?

–Toda resistencia será reprimida con la severidad que señala la ley. Toda oposición se entenderá como alzamiento contra la autoridad militar. El responsable será sometido a juicio sumario y pasado por las armas. –El silencio que siguió fue aún más incomprensible para el pulpero. La tropa siguió formada. Eso lo inquietó todavía más.

–¿Cómo? –dijo.

–Que tenés que irte, porque aquí va a pasar el tren –dijo Acevedo en voz baja, poniéndole una mano en el hombro como un padre, con ternura.

–¿Irme? –el pulpero le sacó la mano.

–El gobierno le regaló al doctor esta lonja e'tierra pa que se consuele mientras se cura de las cicatrices. Tiene el cuero cosido a lanzazos. ¿Entendés animal? –dijo el sargento con la misma ternura, sin levantar la voz. Y entonces el pulpero dijo: –No. –Y nadie supo si no entendía o no quería irse.

–Que tenés que acatar porque si no te achuramos por alzao –dijo el sargento.

–¿Achurar? –dijo el pulpero. ¿Y a quién van a achurar? –dijo con la cabeza gacha, empecinado, con una cosa dura en los ojos. Una cosa que no se iba a dejar atropellar. Esa basura de rancho era suya. Como sus manos o sus pelotas.

Y el pulpero dijo: –No.

El doctor le indicó la tropa con los rémintons al hombro.

–Te puedo coser a balazos –dijo Don Polidoro amablemente–. Pero coser a balazos.

Y entonces vio ese resplandor oscuro. Ese resplandor en los ojos serviles del pulpero. Como un desafío que le calentó la sangre. Porque Don Polidoro ganaba siempre.

–Te juego la pulpería –dijo el doctor. El pulpero no contestó.

–Te la juego –dijo sacando un gallo de riña de la canasta que estaba ahí en el suelo. Los milicos, bajo los naranjos, miraron al pul-pero.

–Jugá –pidió el sargento en voz baja.

Los soldados miraban ahora con un vago y tenso fulgor en los ojos. Pendientes del desafío.

El pulpero dijo: –Bueno. –Y agregó–: Pero a muerte.

–A muerte –dijo el doctor.

En el gallinero, tras el corral, estaban los gallos. Pero eran todos viejos. Se caían solos. El pulpero entró al rancho por una puertita de atrás y de una caja, debajo del catre, sacó el gallo. Era blanco y muy joven. Cacareó fuerte. Lo cuidaba como a un niño.

Los dos hombres les montaron los espolones. Los milicos se arrodillaron en el polvo en ronda bajo los naranjos.

–Largalo –dijo el doctor. Y empezó la riña. A los soldados no les gustaba el bataraz. Primero fue un choque con todo un entrevero de patas, plumas y pescuezos. El blanco picó y picó en la cabeza del bataraz, que le metió el espolón en el vientre. Chorrearon sangre. El blanco lo rechazaba, y el bataraz volvía. A los soldados no les gustaba porque a ganar, ganaba siempre. Al blanco le temblaban las patas. A cada ataque se iba endureciendo. El bataraz daba una vuelta sobre sí mismo y volvía. La sangre salpicaba los pantalones de los soldados que miraban, fascinados. Mudos. El bataraz embistió aleteando y le reventó el ojo. Lo tuvo en el pico y apurándolo, se lo tragó. Le hundió otro espolonazo en el vientre. El gallo blanco, con la cuenca vacía y el pescuezo chorreando lanzó un cacareo terrible. Tocó a degüello. Y atropelló sin cuartel hasta que el bataraz cayó. Después le hundió el espolón en el cogote. El bataraz respiró a borbotones, con silbidos. Gimió un quiquiriquí que quedó trunco. Y murió.

Los soldados miraron al gallo blanco. Primero fue en silencio y después la ovación. Incontenible. A pesar de ellos mismos. Salió de sus gargantas y fue un trueno. Después el doctor dijo:

–Me llevo también el gallo. –Todos lo miraron y nadie dijo nada. El doctor sonrió con calma.

–Está bien. Te lo compro.

El pulpero lo agarró entre sus brazos, como a un niño y le lavó las heridas con ginebra.

Y entonces el doctor contestó:

–¿Y qué vas a hacer ahora? ¿Adónde vas a ir? ¿Te lo vas a comer crudo, animal? ¿No ves que estás perdido? ¿No ves que ni tenés dónde caerte muerto?

–No lo vendo –dijo.

–Te pago el peso en oro, animal. Te doy un pedazo de tierra en otra parte.

El pulpero dijo "no" con la cabeza gacha.

–Tráigame ese gallo, sargento –dijo el doctor–. Mate al chusma ése y tráigame el gallo vivo.

Y nadie se movió. Ni el sargento ni los soldados. Nadie. Entonces dijo despacio: –Tiren todo eso abajo –el sargento dio la orden. Los milicos sacaron picos y palas. Los habían traído en las monturas, porque habían venido para eso.

A palazos, a culatazos, a patadas, empezaron a voltear el rancho de barro. No tardaron mucho. Quizá una hora. Pronto quedó el enrejado solo en el medio del campo, y detrás el pulpero mirando. Y también quedaron los escombros. El doctor hizo arriar caballos y gallinas, hizo llevar botellas y galletas.

Y antes que nadie le dijera nada, antes que el doctor le dijera a Acevedo: –"¿Se da cuenta, sargento? El gobierno le dona la tierra al Central Argentino. Y los ingleses tienen que venir a comprarme tierra a mí"–, un poco antes que la galera y los soldados a caballo siguieran su camino, el hombre agarró un caballo, lo sacó más allá de la alambrada, campo afuera, y se fue despacio, a la deriva, por la pampa, sin volver ni siquiera una vez la vista hacia atrás. Y bajo el brazo llevaba como a un niño, como un blanco desafío indestructible, su pequeño gallo de pelea.

***Incluido en Crónicas del pasado, Buenos Aires, Jorge Alvarez, 1965.**

Una de inspectores

En un conocido bar de Londres, a la luz de los candelabros y sumidos en el humo de las pipas, se han reunido cinco inspectores. Ellos se consideran los mejores del mundo en su profesión, y quizás lo sean. Pero el último juicio lo hace usted descifrando con elemental lógica el siguiente enigma...

1. El inspector más sagaz resolvió 500 casos.
2. Glusot (que no tiene por ayudante a Carlo) es de una racionalidad insoportable.
3. Dolmes resolvió más casos que el inspector al que acompaña Carlo, pero menos que el intuitivo que tiene por ayudante a Fred.
4. Coirot no fue el que menos casos resolvió.
5. Carlo tiene un superior temerario. Dalmacio tampoco se puede quejar: su jefe resolvió 400 casos.
6. Pepe es el ayudante de Ement.

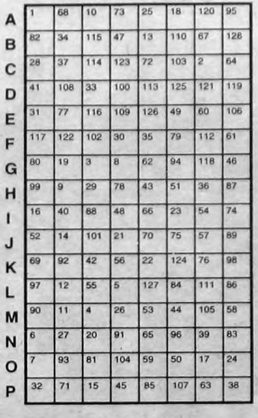
		AYUDANTE					CARACTER					RESOLVIO				
		Carlo	Dalmacio	Fred	Pepe	Toto	Audaz	Intuitivo	Racional	Sagaz	Temerario	100 casos	200 casos	300 casos	400 casos	500 casos
INSPECTOR	Coirot															
	Dolmes															
	Ement															
	Fupín															
	Glusot															
RESOLVIO	100 casos															
	200 casos															
	300 casos															
	400 casos															
	500 casos															
CARACTER	Audaz															
	Intuitivo															
	Racional															
	Sagaz															
	Temerario															

INSPECTOR	AYUDANTE	CARACTER	RESOLVIO

Grilla clásica

Responda las referencias escribiendo las palabras en el CUADRO 1. Luego traslade las letras al CUADRO 2, según su numeración, y podrá leer allí un pensamiento de un filósofo griego. Su nombre y apellido se formarán leyendo en vertical la primera casilla de cada hilera del CUADRO 1.

CUADRO 1



A	1	68	10	73	25	18	120	95
B	82	34	115	47	13	110	67	128
C	28	37	114	123	72	103	2	64
D	41	108	33	100	113	125	121	119
E	31	77	116	109	126	49	60	106
F	117	122	102	30	35	79	112	61
G	80	19	3	8	62	94	118	46
H	99	9	29	78	43	51	36	87
I	16	40	88	48	66	23	54	74
J	52	14	101	21	70	75	57	89
K	69	92	42	56	22	124	76	98
L	97	12	55	5	127	84	111	86
M	90	11	4	26	53	44	105	58
N	6	27	20	91	65	96	39	83
O	7	93	81	104	59	50	17	24
P	32	71	15	45	85	107	63	38

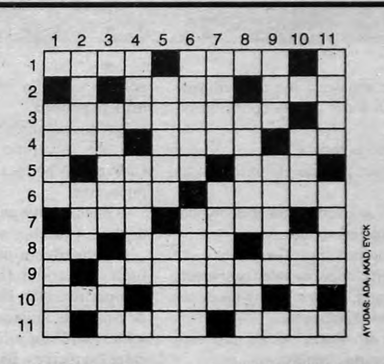
CUADRO 2

1 A	2 C	3 G	■	4 M	5 L	6 N	■	7 O
8 G	9 H	■	10 A	11 M	12 L	■	13 B	14 J
15 P	16 I	17 O	■	18 A	19 G	■	20 N	21 J
22 K	23 I	24 O	25 A	■	26 M	27 N	■	28 C
29 H	30 F	31 E	32 P	33 D	■	34 B	35 F	36 H
■	37 C	38 P	■	39 N	40 I	41 D	42 K	43 H
44 M	■	45 P	46 G	■	47 B	48 I	49 E	50 O
51 H	52 J	53 M	54 I	■	55 L	56 K	57 J	58 M
■	59 O	60 E	61 F	■	62 G	63 P	64 C	65 N
66 I	67 B	68 A	69 K	70 J	71 P	72 C	73 A	74 I
■	75 J	76 K	77 E	■	78 H	79 F	80 G	81 O
82 B	83 N	84 L	■	85 P	86 L	87 H	■	88 I
89 J	90 M	91 N	92 K	93 O	94 G	95 A	96 N	97 L
98 K	99 H	100 D	■	101 J	102 F	103 C	■	104 O
105 M	106 E	107 P	108 D	109 E	110 B	111 L	112 F	113 D
■	114 C	115 B	116 E	■	117 F	118 G	119 D	■
120 A	121 D	122 F	■	123 C	124 K	125 D	126 E	127 L
128 B	■	■	■	■	■	■	■	■

DEFINICIONES

A. Humo espeso.
B. En América, equivocación, error.
C. Practican una requisición.
D. Rústicos, toscos.
E. Propio de clérigo.
F. Calidad de llano (pl.).
G. Inoculan.
H. Horaden el cráneo con fin curativo.
I. Demos una opinión.
J. Querellen.
K. Tragan.
L. Con espuma.
M. Ascetas musulmanes.
N. Promover una división.
O. Bobería, necedad.
P. Obstrucción patológica de un conducto o de una abertura natural.

Ortodoxo



HORIZONTALES

1. Instrumento que sirve para devanar hilo./ Promocionado centro internacional de estética.
2. Parcela./ Río de Lombardía.
3. Ocultar.
4. Oleada, afluencia./ Región de la Baja Mesopotamia./ Plutonio.
5. Satélite de la Tierra./ Mamífero carnicero plantígrado.
6. Expelí, lancé./ Arbol de madera negra, muy apreciada para hacer muebles.
7. Me dirigiré./ Hijo de Adán y Eva, muerto por su hermano.
8. Iniciales del actor Gould./ Raspar una superficie con un instrumento cortante./ Parte córnea del dedo.
9. Calidad de sobrio.
10. Coke/ Del rey.
11. Planta herbácea de la familia de las umbelíferas./ Organización del Tratado del Atlántico Norte.

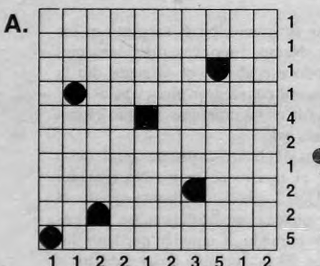
VERTICALES

1. Caudal que lleva la novia al casarse./ (Huberto van) Pintor flamenco.
2. Que puede servir./ Avión de caza ruso.
3. Pasar afuera./ Ritmo musical moderno, conocido también como "bluebeat".
4. Olfateé./ Organo de la gestación en la mujer.
5. De Omán./ Descubrí lo que estaba cerrado.
6. Caza alemán./ Del aire.
7. Tonta, boba./ Borracha, embriagada.
8. Ladrillo de barro./ Sistema de ranqueo universal de ajedrez.
9. Extensión de agua salada./ Estado de un ser orgánico exento de enfermedades.
10. Coloca tú./ Nariz chata.
11. Capital de la república soviética de Azerbaiján./ Rezad.

Batalla naval

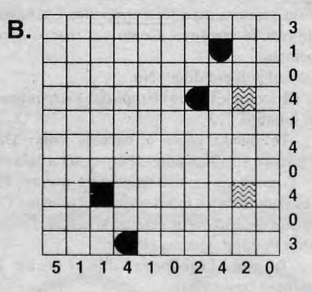
En cada tablero hay escondida una flota completa, igual a las que se muestran en las figuras 1 y 2. En cada uno se da algunos de los cuadros invadidos por la flota, y otros que sólo tienen agua. Además, al pie de cada columna y al costado de cada hilera, se indica cuántos cuadros ocupa la flota en esa columna o hilera. Deduzca, para cada tablero, la ubicación de la flota. Tenga en cuenta que los barcos en ningún caso se tocan entre sí.

A.





B.



Soluciones

Batalla naval

A. B.

Ortodoxo



Grilla clásica

A. HUMAREDA/ B. EQUIVOCO/ C. REQUISAN/ D. AGRESTES/ E. CLERICAL/ F. LLANURAS/ G. INYECTAN/ H. TREPANEN/ I. OPINEMOS/ J. DEMANDEN/ K. ENGULLEN/ L. ESPUMOSO/ M. FAQUIRES/ N. ENCISMAR/ O. SIMPLEZA/ P. OCLUSION.

"Hay que ser más veloz en calmar un rencor que en apagar un incendio, pues las consecuencias del primero son infinitamente más peligrosas que las del último." Heráclito de Efeso

Una de inspectores

Coirot, Fred, intuitivo, 300.
Dolmes, Toto, audaz, 200.
Ement, Pepe, sagaz, 500.
Fupín, Carlo, temerario, 100.
Glusot, Dalmacio, racional, 400.